

**A una nariz**, Francisco de Quevedo y Villegas  
(España, 1580 – 1645)

Érase un hombre a una nariz pegado,  
érase una nariz superlativa,  
érase una nariz sayón y escriba,  
érase un peje espada muy barbado.

Era un reloj de sol mal encarado,  
érase una alquitara pensativa,  
érase un elefante boca arriba,  
era Ovidio Nasón más narizado.

Érase un espolón de una galera,  
érase una pirámide de Egipto,  
las doce Tribus de narices era.

Érase un naricísimo infinito,  
muchísimo nariz, nariz tan fiera  
que en la cara de Anás fuera delito.

**Ah de la vida...**, Francisco de Quevedo y  
Villegas (España, 1580 – 1645)

"¡Ah de la vida!"... ¿Nadie me responde?  
¡Aquí de los antaños que he vivido!  
La Fortuna mis tiempos ha mordido;  
las Horas mi locura las esconde.

¡Que sin poder saber cómo ni a dónde  
la salud y la edad se hayan huido!  
Falta la vida, asiste lo vivido,  
y no hay calamidad que no me ronde.

Ayer se fue; mañana no ha llegado;  
hoy se está yendo sin parar un punto:  
soy un fue, y un será, y un es cansado.

En el hoy y mañana y ayer, junto  
pañales y mortaja, y he quedado  
presentes sucesiones de difunto.

**Cerrar podrá mis ojos la postrera**, Francisco  
de Quevedo y Villegas (España, 1580 – 1645)

Cerrar podrá mis ojos la postrera  
sombra, que me llevare el blanco día;  
y podrá desatar esta alma mía  
hora, a su afán ansioso lisonjera;

mas no de esotra parte en la ribera  
dejará la memoria en donde ardía;  
nadar sabe mi llama la agua fría,  
y perder el respeto a ley severa:

Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,  
venas que humor a tanto fuego han dado,  
medulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejarán, no su cuidado;  
serán ceniza, mas tendrá sentido.  
polvo serán, mas polvo enamorado.

**A don Francisco de Quevedo**, Luis de  
Góngora y Argote (España, 1561 – 1627)

Anacreonte español, no hay quien os tope,  
que no diga con mucha cortesía,  
que ya que vuestros pies son de elegía,  
que vuestras suavidades son de arrope.

¿No imitaréis al terenciano Lope,  
que al de Beleforonte cada día  
sobre zuecos de cómica poesía  
se calza espuelas, y le da un galope?

Con cuidado especial vuestros antojos  
dicen que quieren traducir al griego,  
no habiéndolo mirado vuestros ojos.

Prestádselos un rato a mi ojo ciego,  
porque a luz saque ciertos versos flojos,  
y entenderéis cualquier greguesco luego.

**Al Escorial**, Luis de Góngora y Argote  
(España, 1561 – 1627)

Sacros, altos, dorados capiteles,  
que a las nubes robáis los arreboles,  
Febo os teme por más lucientes soles,  
y el cielo por gigantes más crueles.

Depón tus rayos, Júpiter; no celes  
los tuyos, sol; de un templo son faroles,  
que al mayor mártir de los españoles  
erigió el mayor rey de los más fieles.

Religiosa grandeza del monarca  
cuya diestra real al Nuevo Mundo  
abrevia y el Oriente se le humilla,

perdone el tiempo, lisonjee la Parca  
la verdad de esta octava maravilla,  
los años de este Salomón segundo.

**A Dafne ya los brazos le crecían**  
Garcilaso de la Vega (España, 1498 – 1536)

A Dafne ya los brazos le crecían,  
y en luengos ramos vueltos se mostraban;  
en verdes hojas vi que se tornaban  
los cabellos que al oro oscurecían.

De áspera corteza se cubría  
los tiernos miembros, que aún balbuciendo  
estaban;  
los blancos pies en tierra se hincaban  
y en torcidas raíces se volvían.

Aquel que fue la causa de tal daño,  
a fuerza de llorar, crecer hacía  
el árbol que con lágrimas regaba.

¡Oh miserable estado, oh mal tamaño!  
Que con llorarla crezca cada día  
la causa y la razón por que lloraba!

**Estoy continuo en lágrimas bañado**  
Garcilaso de la Vega (España, 1498 – 1536)

Estoy continuo en lágrimas bañado,  
rompiendo el aire siempre con suspiros;  
y más me duele nunca osar deciros  
que he llegado por vos a tal estado,

que viéndome do estoy y lo que he andado  
por el camino estrecho de seguuros,  
si me quiero tornar para huiros,  
desmayo viendo atrás lo que he dejado;

si a subir pruebo en la difícil cumbre,  
a cada paso espántame en la vida  
ejemplos tristes de los que han caído.

Y sobre todo, faltame la lumbre  
de la esperanza con que andar solía  
por la oscura región de vuestro olvido.

**A don Luis de Góngora**, Lope de Vega  
(España, 1562-1635)

Claro cisne del Betis que, sonoro  
y grave, ennobleciste el instrumento  
más dulce, que ilustró músico acento,  
bañando en ámbar puro el arco de oro,

a ti lira, a ti el castalio coro  
debe su honor, su fama y su ornamento,  
único al siglo y a la envidia exento,  
vencida, si no muda, en tu decoro.

Los que por tu defensa escriben sumas,  
propias ostentaciones solicitan,  
dando a tu inmenso mar viles espumas.

Los ícaros defienda, que te imitan,  
que como acercan a tu sol las plumas  
de tu divina luz se precipitan.

contad si son catorce, y está hecho.

***Desmayarse, atreverse...***, Lope de Vega  
(España, 1562-1635)

Desmayarse, atreverse, estar furioso,  
áspero, tierno, liberal, esquivo,  
alentado, mortal, difunto, vivo,  
leal, traidor, cobarde y animoso;

no hallar fuera del bien centro y reposo,  
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,  
enojado, valiente, fugitivo,  
satisfecho ofendido receloso;

huir el rostro al claro desengaño,  
beber veneno por licor suave,  
olvidar el provecho, amar el daño;

creer que el cielo en un infierno cabe,  
dar la vida y el alma a un desengaño,  
esto es amor: quien lo probó lo sabe.

***Soneto de repente***, Lope de Vega (España,  
1562-1635)

Un soneto me manda hacer Violante;  
en mi vida me he visto en tal aprieto,  
catorce versos dicen que es soneto,  
burla burlando van los tres delante.  
Yo pensé que no hallara consonante  
y estoy a la mitad de otro cuarteto;  
mas si me veo en el primer terceto,  
no hay cosa en los cuartetos que me  
espante.

Por el primer terceto voy entrando,  
y aún parece que entré con pie derecho,  
pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aún sospecho  
que estoy los trece versos acabando:

***Ir y quedarse...***, Lope de Vega (España,  
1562-1635)

Ir y quedarse y con quedar partirse,  
partir sin alma, e ir con alma ajena,  
oír la dulce voz de una sirena  
y no poder del árbol desasirse;

arder como la vela y consumirse  
haciendo torres sobre tierna arena;  
caer del cielo y ser demonio en pena,  
y de serlo jamás arrepentirse;

hablar entre las mudas soledades,  
pedir pues resta sobre fe paciencia,  
y lo que es temporal llamar eterno;

creer sospechas y negar verdades,  
es lo que llaman en el mundo ausencia,  
fuego en el alma y en la vida infierno.